

y retiene. Todos sabemos, además, qué señorío de elevada alcurnia, manifiesta en sus salones, y cómo encanta su altísima cultura, la suavidad y distinción de su trato. Por último, nadie ignora que su presencia disipa de la frente de su esclarecido esposo todas las sombras que suelen acumular los graves cuidados de su elevadísimo cargo. Ningún elogio es á ella más aplicable como la tierna descripción que Maurice Donnay hace del hogar del célebre historiador Albert Sorel, cuyo elogio pronunció recientemente en la Academia francesa. Dice así el elocuente académico: «Desde hace más de medio siglo, nada «ha cambiado en la casa de la familia; se comprende que allí «vivió un hombre, padre respetado, admirado y abuelo adorable; el hombre de un solo y profundo afecto, que hubo de encontrar á LA COMPAÑERA ABNEGADA, RECTA, INTELIGENTE, «LA QUE SOSTIENE EL ÁNIMO Y SUGIERE ELEVADOS PENSAMIENTOS.»

Precisamente á realzar entre nosotros esos ideales domésticos, tiende el programa de enseñanza que me he atrevido á trazar en los anteriores lineamientos.

* * *

El método para seguir este programa ha de ser eminentemente práctico y experimental, y para ello la escuela que lo adopte ha de estar provista de todos los elementos para una fructuosa experimentación y manipulación, tales como "casas modelos," jardines, huertos, laboratorios, despensas, cocinas, talleres de modas, etc., etc.

Por idénticas razones, y aunque en el programa aparezcan muchas asignaturas de carácter teórico, el profesor al darlas cuidará no olvidar que el objeto del plantel es *ejercitar en las ocupaciones de una "madre de familia y ama de gobierno."* Así es que aquellas nociones se transmitirán á las alumnas únicamente en vista del aprovechamiento útil y concreto que de ellas han de derivar. Serán, pues, elementales, expuestas en lenguaje sencillo y familiar, exentas de términos técnicos y dispuestas de modo que las alumnas formulen por sí mismas el precepto para ejecutar en lo futuro la misma labor.

Se procurará que las alumnas, en el intervalo de una lección á la otra recopilen y redacten las lecciones recibidas, á

fin de que corregidas y coordinadas por cada profesor, se forme un prontuario ó cartilla especial para cada tema de enseñanza. Impresos estos apuntamientos se distribuirán á las alumnas, en la solemnidad de los premios, tanto para que les sirva de recuerdo de las labores suyas y de sus condiscípulas, como para que extiendan eficaz propaganda en el seno de las familias. Apropiaráse la índole de estas lecciones á las posibilidades económicas de un hogar modesto, en que el trabajo, el orden y la economía son las bases del bienestar y el refugio de todas las virtudes.

La escuela formará poco á poco una biblioteca de todas las obras que á economía doméstica se refieran; y se enseñará á las educandas á consultar esos libros y á sacar de ellos las advertencias, prácticas y consejos que ellas necesiten para regir sus hogares. Procúrese que las jóvenes visiten aquellos establecimientos de beneficencia, en que el Estado se substituye á la familia, tales como las Casas de Expósitos, orfanatorios, asilos de corrigendos, salas de niños en los hospitales de maternidad, establecimientos de artes y oficios, etc., etc. *Además se solicitará permiso de aquellas familias tradicionales que son honra y prez de nuestra sociedad, para que las alumnas vayan de cuando en cuando á visitar esos hogares modelos, en los que la virtud impera unida á las más refinadas manifestaciones de la cultura.*

Para que cualquiera de las partes del programa de estudios que he delineado pueda ser provechoso, tratándose especialmente de educandos de los Estados, es indispensable que tenga por fundamento una buena instrucción primaria superior. Para conseguir esta base, quizá sería conveniente establecer una escuela primaria anexa en la que los horarios estuviesen arreglados de tal modo que sea fácil suplir las deficiencias de conocimientos de las niñas, preparando para cada una, un programa especial de estudios que podrán durar de uno á dos años. Así se logrará la uniformidad de conocimientos indispensables para abordar con seguridad los estudios de la Escuela secundaria.

El plan de enseñanza femenina, que hemos trazado, sería por completo estéril, si no se fundase en las lecciones y en los ejemplos de una ordenada familia. Sería, pues, muy deseable que en la Escuela especial que se fundare, se crease el in-

ternado, para que las niñas que careciesen de las tiernas sugerencias domésticas, supliesen esa falta por medio de una institución escolar que, hasta cierto punto, les diese el remedio de aquella íntima existencia. El internado podría llenar ese vacío siempre que el régimen de comunidad se organizase, no por el claustral y anticuado sistema, sino por los modernos modelos. El internado que yo propondría sería el que hoy se conoce con el nombre de "internado tutorial ó familiar," tal como mis propios ojos lo han visto establecido en algunas universidades.

Allí la escuela propiamente dicha, es decir, las secciones docentes ocupan un edificio central. Alrededor y perfectamente espaciadas, se agrupan una serie de pequeñas casas ó viviendas, de graciosa arquitectura, que sirven de morada á las familias de los empleados superiores del establecimiento. Estas familias atraen á su intimidad á grupos de educandos ó educandas, quienes la comparten, aprendiendo todas las delicadezas del buen trato, asistiendo á las reuniones en que se conversa, se juega ó se cultivan las bellas artes. Siéntanse todos estos escolares á la mesa bien surtida y aseada de aquellas habitaciones, y, en una palabra, no cesan de recibir, por este medio, los preceptos más sanos de moral, así como las reglas más exquisitas de la sociabilidad y urbanidad.

Tal es el internado que yo quería ver planteado en la escuela del arte y de la ciencia del hogar. Como ya antes dejo indicado que los profesores deben estar ampliamente remunerados podrán constituir familias decorosas y en cuyo seno pueda lucir una exquisita cultura. Como se comprenderá, he querido evitar tanto el rigor conventual de los antiguos sistemas que, á fuerza de pretender guiar la vida, torcían y deformaban su corriente, sino es que para siempre la paralizaban; así como la extremada expansibilidad que á veces suelen conceder los institutos modernos á sus pupilos. Con mi sistema creo que estarán bien compensadas esas dos tendencias, vituperable cada una por sí sola, pues la una mata la vida por el prurito de gobernarla; y la otra la corrompe, so pretexto de dejar libres las manifestaciones de la naturaleza.

Por último, propongo que los profesores y profesoras de esta escuela, perciban honorarios muy decorosos, á fin de que puedan consagrarse íntegramente á la enseñanza, y de que

nunca la descuiden por atender á necesidades premiosas relativas al sustento de sus propias familias. Entiendo que los sueldos no deberán ser menores de \$250 mensuales, alimentación y alojamiento, si se trata de obtener *maestros verdaderamente prácticos*. Basta recordar que hay jefes de amasijo en algunas de las panaderías de esta capital, que ganan 9 pesos diarios para comprender que quien se haga cargo de la cátedra del arte del vestido de la cocina y de la repostería, por ejemplo, debe tener un sueldo aun mayor que éste. Creo que ya es tiempo de que cese la enseñanza *libresca* de la economía y medicina doméstica, (mal remunerada, porque es muy fácil *tomar lecciones*), por una enseñanza científica práctica lo más perfecta posible.

ANEXO NUM. 5.

RESPETUOSA EXCITATIVA A LOS MIEMBROS
DE LAS COMISIONES DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA EN LOS DISTRITOS Y MUNICIPALIDADES
DE LA REPUBLICA
Y A MIS COMPAÑEROS DE PROFESION.

(Explicación de las cifras marginales en el texto de la iniciativa).

De rostro cobrizo, amarillo ú obscuro, con los ojos apagados, el semblante sin expresiones de vida, la piel sin curtir, flacos, transparentes, clareados de hambre, con el alma enferma é incurable: esos Indios que pasan por la calle, recogiendo las basuras, alimentándose con los desechos, arrastrando la vida, los harapos y los hijos; á los que negamos inteligencia y exigimos obligaciones; que quisiéramos perder de vista y hemos alejado ya de nuestra presencia, prohibiéndoles que entren á nuestras casas si no es para servirnos; prohibiéndoles que se acerquen á nuestra mesa, si no es de rodillas para levantar lo que sobra; á quienes aparentamos no ver morir de hambre frente á nuestros graneros y de dolor ante nuestra estúpida ostentación; á los que creemos en su papel cuando pasan cargando más de lo que resistiría un burro y encontramos en su lugar sumergidos en el fango, limpiando las atarjeas, batiendo lodo y excremento; esos Indios de los que no hablamos á los extranjeros porque nos avergonzamos y á quienes insultamos sin piedad cuando se descubren, para probar que nada tienen de común con nosotros; esos Indios salvajes en sus demostraciones, grandes en sus vicios, desordenados en sus amores, incansables en sus placeres bestiales é inmensos como sus desdichas, para quienes la vida es indecible dolor y eterno sufrimiento: el pueblo, el antiguo y gran pueblo dueño de esta tierra que le hemos arrebatado, autor de la prodigiosa civilización que hemos acabado de destruir, el amo de otros días encadenado ahora, el guerrero invencible rendido por hambre, el antes poderoso y muy rico Señor y hoy despreciable y asqueroso mendigo; la carne de cañón en tiempo de guerra, la escoria de la sociedad en tiempo de paz, la bestia de carga que arrean los extranjeros, el cadáver del que se alimenta el buitre español; desnudos, sucios, espantables; esos Indios que sufren al grado de que ya se les ve en el rostro los grotescos movimientos convulsivos, parecidos á los de la risa, y que en realidad son las contracciones nerviosas, y últimas muecas del moribundo . . . ; Oh! dejadlos que bailen la danza en rededor de la hoguera, aullando y rugiendo, para celebrar la dicha del que ha muerto! ¡Dichoso, muy dichoso el que ha muerto! ¡Por sus padecimientos alcanza ya el reposo absoluto á que tiene derecho! ¡Cómo no envidiarles su sueño tranquilo, sin alteraciones que perturban, sin zozobras ni pesadillas que despiertan á deshoras; un sueño sin hachas de cera, ni ramas de flores que marean, sin señales sobre la tumba para que nadie se acerque, sin rasgo de su vida ni de su muerte para que nadie los recuerde! ¡un sueño eterno, olvidado de todos, la felicidad suprema en el supremo ataque!

¿En qué estación del camino de la humanidad se quedó esta raza cuando el espíritu del siglo, desatando los lazos con que todos veníamos unidos y señalando la meta donde vamos, apartó con mano resuelta á los que no podían llegar y obligó á los otros á partir de carrera?

¿Qué, el Angel monstruoso del Progreso, como el satánico exterminador del Apocalipsis, en juicio final y en nombre de Dios, separó, y ya para siempre á los jóvenes, á los fuertes y á los hábiles, de los cansados, de los ineptos y de los vencidos?
¿Qué solución tiene este problema nacional si los unos no pueden avanzar y los otros no pueden retroceder ni esperar?

Es verdad que sólo una alma poderosa y superior, noble y serena, penetrada de sus irremediables desgracias; sólo una alma verdaderamente filosófica y apostólica puede resistir tanta injusticia y hacer hombres pacíficos, dóciles, leales, hospitalarios y dignos, de los que siempre vivieron y aún hoy viven, en la más aflictiva y desesperante esclavitud física, política y religiosa; en la mayor miseria, parias en su tierra, negados por sus propios hijos y bloqueados á muerte por un ejército de legiones extranjeras.

EMETERIO DE LA GARZA.

Es hoy práctica habitualmente seguida, sobre todo entre educadores, que en aquellos libros en que se solicitan las opiniones del lector, se pongan al margen del texto y en cada página números progresivos que abarcan un determinado grupo de renglones. Esos números tienen por objeto atraer hacia un punto determinado de un tratado ó folleto, las observaciones de los estudiosos, y evitar hacer referencias á una cuestión particular que habría de irse á buscar en el cuerpo de la obra. A virtud de este recurso, tanto el autor del libro, como los que, leyéndolo, desearan rectificar ó ampliar la doctrina en él expuesta, tienen un excelente medio para facilitar la compulsa de las opiniones discutibles.

Siguiendo ese útil ejemplo, he marcado con numeración progresiva, y por grupos de cinco en cinco líneas, cada plana de la parte expositiva de este trabajo. Como en él se tratan muchas cuestiones fundamentales, relativas sobre todo al carácter práctico de la ciencia educativa, me ha parecido conveniente solicitar el dictamen de los que especialmente se dedican á este género de investigaciones, y que, por tal concepto, hállanse en contacto más inmediato con las realidades que surgen en el ejercicio de la profesión. Así pues, las cifras marginales están dispuestas especialmente para ellos, y son, por decirlo así, una invitación para que se dignen darme su autorizada opinión respecto á los múltiples y variados temas que mi disertación abraza, devolviéndome las hojas en blanco que van al final de este folleto con las notas que se sirvan indicarme. No estimaría yo mi obra completa y perfeccionada sin la sanción ó las enmiendas de mis compañeros de estudios

y ocupaciones, quienes no sólo están en aptitud para advertirme que me extravió por falsas sendas, sin que puedan hacerme entrever los lejanos horizontes á que ellas conducen; serían también para mí muy provechosos los consejos y advertencias que se dignaran hacerme los honorables miembros de las varias comisiones que están consagrando pensamiento y voluntad en preparar las bases para las fiestas conmemorativas de nuestra Emancipación colonial. A ellos, y, en general, á quienes tienen predilección por este género de estudios, los invito cordialmente á que en éste se sirvan darme el auxilio de sus inteligencias; pues soy de los que creen firmemente que una idea sugiere otras mil, no de otra suerte que una diminuta semilla arrebatada en alas del huracán puede suscitar, si cae en feraz terreno, un intrincado é inmenso bosque. Así en la vida del pensamiento, la simiente de una humilde idea suele ser origen de toda una teoría lógicamente coordinada, de un sistema de principios solidariamente constituidos, que sirvan de peldaños en la escala ascendente de las investigaciones científicas y de estímulo á la realización de grandiosos ideales.

Mas, tratándose de nosotros los educadores de la juventud, además de la estrecha obligación en que estamos de perfeccionar ese arte transcendental, impónesenos como sacratísimo deber hacia la Patria que nos comuniquemos los unos á los otros los resultados de nuestras observaciones y experimentos. La Pedagogía nacional, fuera de unos cuantos núcleos ó centros de educación diseminados por el país, en los que los maestros tienen un campo apropiado de experimentación, puede decirse que está en mantillas, pues hasta últimas fechas rompió sus tradiciones empíricas para tomar el camino de las inferencias científicas, merced á la creación de Escuelas Normales para el cultivo de las ciencias y de las artes afines del arte científico de educar. Pero en estos sus primeros pasos, en los que del todo le era desconocido el terreno que pisaba, hubo de buscar necesariamente precursores que la guiaran y encaminaran, y sólo pudo encontrarlos en los afamados tratadistas de otros países, ó en peritos extranjeros, tales como Oloardo Hassey, Henry Ward Pool, Delaizé, Riboulet, Desfontaines, Masson, Matthieu de Fossey, Lassale, Dalcour, Hubault, Roberto Rode, Monasterio, Mme. Louise Choron, Juan

Díaz de las Cuevas, Lafond, Aubin, Richardet, Jourdanet, Jinnoux, Leo Felix, Guilbaut, Tessier, los Sres. Robert, Mr. y Mme. Jen, Káttain, Mme. Saint Vital, y otros más, por lo que á la capital de la República se refiere; y en los Estados, Gallopin, Smerdon, Betancourt, Capeletti, Laubcher, Rébsamen, Mahr, etc. Desconocedores muchos de ellos del temperamento psíquico de nuestra raza, en cuya formación entran tantos aluviones etnográficos é históricos, emplearon para despertar é inducir el espíritu de los niños mexicanos los métodos y sugerencias que con buen éxito se usaban para influir en los ánimos de los niños de Francia, Suiza, Italia y Alemania. Esto no quiere decir que no reconozcamos una gran deuda hacia esos abnegados y benéficos exploradores del alma mexicana; pero sin recusar esos ensayos, es ya tiempo de que constituyamos por nosotros mismos un sistema de educación genuinamente nacional, es decir, en perfecta consonancia con nuestras propensiones é idealidades y con los propósitos de engrandecimiento que, como entidad colectiva, nos proponemos realizar en un futuro desenvolvimiento.

Debo insistir en afirmar que el fondo de los conocimientos de los educadores mexicanos, lo debemos, y seguiremos debiéndolo, á los maestros extranjeros, que, por razón natural, tienen acopiada la experiencia de civilizaciones más refinadas por la labor de los siglos. No seré yo, pues, quien repita lo que á algunos de mis colegas he oído decir: «¡Basta ya de maestros alemanes, norteamericanos, franceses, suizos, ingleses, etc., que vanamente se empeñan en aclimatar culturas y métodos y procedimientos extraños, para los cuales es radicalmente rebelde la receptividad mental de los educandos nacionales.»

Por mis funciones de Inspector oficial de institutos extranjeros, alemanes, franceses, ingleses é italianos, que entre nosotros prosiguen la meritísima tarea de instruir y educar á los niños de sus respectivas nacionalidades, he podido observar que esos establecimientos son, en su mayor parte, dignos de ser tomados como modelos. Allí rigen los novísimos sistemas pedagógicos adoptados por las más cultas naciones europeas, y, por este concepto, es de mucha utilidad que los maestros mexicanos, si es que no puedan emprender dilatados viajes de exploración por carencia de recursos, estu-

dien en esos planteles los adelantos en la enseñanza efectuados, y que siguen efectuándose, en aquellos países. Allí pueden contemplar, en la infinita variedad de métodos y procedimientos, las nociones comunes á todos los maestros, sea cual fuere la latitud geográfica en que habiten, para dirigir y orientar el espíritu humano conforme á sus leyes esenciales y, por lo tanto, universales. Pero si respecto á sus calidades didácticas, mucho es de lo que de esas escuelas hay que aprender, habrá de convenirse también en que son incapaces de instruir é inflamar en el alma de los educandos mexicanos, el sentimiento profundo del patriotismo. Por mayores que sean en esos maestros las dotes de acomodación al medio, difícil, si no imposible, es que empleen todo el celo y calor para desarrollar intensamente en el espíritu y corazón de los niños mexicanos el amor al país en que éstos vieron la luz primera. Me ha acontecido con frecuencia, y esto con profunda amargura, escuchar de labios de señoritos fatuos, crecidos y criados al influjo de aquellos establecimientos, las mayores execraciones á la memoria de Juárez, así como los más entusiastas panegíricos de Maximiliano y de su usurpador gobierno; debido esto á que los institutores, obedeciendo á prejuicios y simpatías de nacionalidad, no se hallan en disposición para valorizar nuestra historia ni los sacrificios de sus héroes. Todavía son peores, si cabe, los estragos que en las niñas causan esas escuelas regenteadas por institutrices extranjeras. Asiladas en estrechos pupilajes, es muy raro y lejano el contacto que tienen con la sociedad mexicana, de lo que resulta que miren con desdén, y aun escarnezan nuestras tradiciones y costumbres más respetables. Este menosprecio llegan á extenderlo hasta sus propios padres, humildes y honradísimos burgueses ó hijos del campo que, con grandes sacrificios, intentan dar á sus hijas una esmerada cultura en esas exóticas y carísimas escuelas, que, en resumen, no hacen más que ensalzar lo que tiene un barniz efímero de cortesanía europea, algo de los modales teatrales del gran mundo. En mi concepto, ha de ser divisa nuestra en las futuras campañas de redención pedagógica, "*maestros mexicanos para niños mexicanos*;" si es que nuestros propósitos han de tender á crear y consolidar una educación característicamente nacional.

En razón de que nuestra vida social no tiene aún la fuer-

za para manifestar espontáneamente sus necesidades é imponerlas con incontrastable pujanza al Estado, éste ha tenido que asumir la plausible tutela de suscitar, dirigir y encaminar esos movimientos de vitalidad. Así es como, con general beneplácito, el Estado se ha atribuido la vigilancia de la educación pública, desde la que se imparte en los jardines de niños hasta la profesional, dándole cierta uniformidad, á fin de que más tarde, vigorosa y árbitra de sus destinos, rompa en las mil variedades que constituyen la perenne lucha de la civilización, el drama siempre actuante de la historia de la humanidad. No por eso—habré de confesarlo— soy entusiasta partidario del monopolio de la educación por el Estado, ó por otra cualquiera institución que con él pretenda rivalizar. Por el contrario, en mi sentir, nada tan peligroso como esa especie de *Trust de la educación*. Pero hay que convenir también en que estamos en México á una inmensa distancia del *desideratum* que para el cultísimo Imperio Germánico señala el doctor alemán Cauer, notable especialista en educación, quien afirma que la que el Estado imparte lleva hacia el *China-ismo*, y sobre este particular se expresa en los términos siguientes: "Crear que el Estado por su intervención positiva puede promover la eficaz virtud de una fuerza tal como la educación, es arraigar todos los males; debe combatirse tal idea, pues la descentralización de la educación, exigida con urgencia, ha de ser nuestro primer y más apremiante deber." (*Staat und Erziehung*, pág. 66).

No vacila Stuart Mill en llamar á la educación oficial "un insoportable despotismo", porque de tal suerte modela opiniones y sentimientos del pueblo que el Estado puede conducir á aquél á donde mejor le plazca. Pregunta Heriberto Spencer, admitiendo que el Estado pudiese acudir á las necesidades espirituales de las generaciones nacientes, si no estaría también obligado á saciar las necesidades físicas. Porque, en efecto, el razonamiento que se aduce para establecer la obligación del poder público á distribuir el alimento intelectual, militaría igualmente para reclamarle el alimento material, lo que á fin de cuentas pondría totalmente á los niños bajo el paternal cuidado de los Gobiernos.

En esta materia, como en otras muchas, el gobierno que actualmente nos rige ha acudido siempre para dictar sus dis-

posiciones al dictamen de los que por natural pericia pueden rendirlo acertadamente. Así, en los problemas educativos ha solicitado á toda hora la solución por parte de los que, por habitual ocupación, los estudian y meditan. Por lo tanto, correspondenos á nosotros los pedagogos doctrinarios ó prácticos suministrar, en el momento en que nos sean pedidas, las informaciones más seguras y precisas, y las mejor sancionadas por el arte científico que cultivamos, á fin de inspirar las providencias administrativas. En este concepto, nuestra colaboración es muy importante, y de ahí que á toda costa procuremos que de día en día sea más racional y eficiente, para lo que urge que nos comuniquemos, á virtud de noble y leal solidaridad cooperativa, todas las reflexiones que nos sugieran nuestras funciones de educadores.

Esta cooperación nuestra, lo repito, es un ineludible deber de patriotismo. No tiene duda que México ha entrado resueltamente en la corriente de la universal cultura, y que, por consiguiente, es mucho lo que tiene que esforzarse para seguir esa corriente y no retardarse; pues tan rápida es que un solo instante de reposo deja á enorme distancia á la Nación que, cansada ó negligente, se permite una interrupción en su marcha. Inmenso es el trabajo que en todo género de actividades se ofrece al pueblo mexicano; y urge prepararlo y adiestrarlo para que lo desempeñe cumplidamente. Hoy más que nunca, el lauro del triunfo ciñe la frente del que es el más sano, fuerte, activo, inteligente y perseverante; y esta condición del éxito aplícase tanto á los individuos como á los pueblos.

Nosotros, los maestros, constantemente debemos tener en los labios la estimulante lección objetiva que cierto inspector docente exponía á los alumnos de una escuela que acababa de visitar. Faltaban pocos minutos para terminar la cotidiana labor escolar, y desde el salón general podía contemplarse la ruda faena de los obreros que desembarazaban la calle de las montañas de nieve que sin cesar la obstruían. Reinaba en el grupo infantil ese profundo silencio preparatorio de su partida, y el famoso maestro aprovechó ese instante de recogimiento para hacerles una plática sobre la supremacía de los trabajos intelectuales sobre los corporales. Escogió para su demostración la jerarquía de los empleados de la gigantesca estación de ferrocarril, que desde las ventanas del salón se distinguía.

Hacia notar cómo las labores estaban allí distribuidas en proporción á los conocimientos y habilidad para desempeñarlas. Daba la coincidencia de que la escuela estuviese situada en una población á donde en busca de trabajo afluían gentes de treinta ó más nacionalidades distintas. Por esto el inspector decía: «ved; el negro sudoroso, gigantesco, membrudo y brutal que como autómatas se ocupa en lanzar blocks de carbón de piedra al carro del tónder, tiene, á no dudarlo, una faena penosa y abrumadora, pero en la cual casi no interviene ningún esfuerzo intelectual, y por eso su salario llega apenas á unos noventa céntimos diarios. Viene después el fogonero, italiano por su aspecto, que aviva el combustible de las calderas dándoles á devorar incesantes leñadas: este operario cuyas maniobras requieren cierto tacto unido á ciertas responsabilidades, disfruta de un jornal más elevado. Aquel otro, seguramente irlandés, que tan reposadamente hace subir y bajar una palanca reguladora de determinados movimientos, tiene ya á su cargo una sección del complicado mecanismo de la locomotora; y por esto está decorosamente remunerado, hasta el punto de que puede sustentar holgadamente á una familia, educarla, recrearla y encaminarla hacia una posición social cómoda y aún brillante. Por último, allá en la cúspide de la vasta organización, en sala régicamente decorada está el gerente, inglés ó alemán, cuyas ocupaciones son de gabinete, es decir, que aunque aparentemente poco afanosas, exigen la aplicación de eximias facultades de la inteligencia, así como la mayor suma de responsabilidad; y por eso, á la medida de tan delicadas atribuciones rígense los emolumentos, que alcanzan la hermosa cifra de cien mil dólares anuales. Más allá de este cuerpo técnico y administrativo, están los accionistas que forman la junta directiva, en su mayor parte americanos, que viven en palacios suntuosos, poseen trenes especiales, yates para recorrer como príncipes todos los mares: éstos son dueños de centenares de millones de dólares, adquiridos después de una labor de genio, preparado por los grandes educadores del mundo.» Después de esta demostración objetiva, el inspector aludido hacía inferir á su auditorio la conclusión de que en el mundo la honra y el provecho se conquistan á fuerza de un trabajo cada vez más perseverante, más previsor y, sobre todo, *más inteligente*. Llevando una propaganda análoga hasta